



## Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



# X – El juicio al monje maldito

## 15 – Menos mal que El Maestro de las Argucias estaba allí

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
[esmeralda.deluis@hotmail.com](mailto:esmeralda.deluis@hotmail.com)

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 2022  
Número de páginas: 5  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## X. 15 – Menos mal que El Maestro de las Argucias estaba allí



Cuando el sol apareció en el horizonte, el rastrillo que hacía de puente sobre el foso de la fortaleza descendió, y apareció \*Mangoberto, rodeado de los grandes de su reino: se acercaba a nuestros héroes para recordarles su lealtad hacia el sultán y pedir la paz.

– No temas nada, *babb* –le tranquilizó Ibrahim–. No he venido a atacar, ni a conquistar: solo estoy de paso.

– ¿Y de dónde vienes? –le preguntó Mangoberto.

– He estado en Roma, la madre de todas las ciudades, con el *babb* Federico, y ahora, regreso a El Cairo.

– Tu llegada es una fuente de bendiciones para nosotros. Por favor, hacedme el honor de entrar en nuestra ciudad y disfrutar de nuestra hospitalidad.

– En lo que respecta a la hospitalidad, por nosotros, dala por recibida<sup>1</sup>. Si de verdad quieres honrarnos, déjanos proseguir nuestro camino.

– ¡Qué me dices, hijo del Korani! –exclamó Mangoberto– Llegáis de donde el emperador de los francos; vais adonde el emperador de los musulmanes ¿y queréis que os deje partir sin ofrecerme al menos un buen almuerzo? ¡Todos los reyes me van a tachar de avaricioso!

– ¿Qué dices tú, hermano? –le susurró Ibrahim a Edamor.

– Mira, he puesto en tus manos el mando de esta expedición –respondió el emir–: decide tú.

– Escucha, *babb* –continuó el León del Horân–, estoy al mando de un convoy, que traslada un tesoro de treintaiséis *jaznehs*, y si hay algo que no querría yo, es que se

<sup>1</sup> Una forma, en los límites de la cortesía, de declinar una invitación juzgada inoportuna, y rechazarla no llegaría a ser una ofensa mortal.

perdiera una sola bolsa, pues esos fondos pertenecen al sultán, que es la sombra de Dios sobre Su tierra, y, un solo céntimo que se despistara, lo tendría que reponer yo de mi propio bolsillo. Así que, si tú estás de acuerdo en entregarme un certificado, escrito de tu puño y letra, y con tu sello, en el que estipules que sales fiador de esa cantidad; entonces, y solo entonces, yo estaré dispuesto a aceptar tu hospitalidad durante tres días. Después, me devolverás mis treintaiséis *jaznehs*; yo te devolveré tu recibo, y proseguiremos la marcha.

– *Bono* –asintió Mangoberto.

En el acto, redactó el documento y se lo entregó a Ibrahim que, a su vez, se lo confió a Saad, recomendándole que lo guardara con él como si se tratara de su propia vida. Tomada esta precaución, los tres compañeros, escoltados por cuarenta mamelucos, entraron en la ciudad, conducidos por Mangoberto, que los llevó a su palacio privado, y alojó en las mejores estancias.

Poco después, los sirvientes pusieron las mesas; Ibrahim se sentó en el sitio de honor, flanqueado por Edamor, a su derecha, y Saad, a su izquierda, mientras que los mamelucos se sentaban todos juntos al final de la sala. De pronto, un criado, arrojó discretamente un pequeño envoltorio de algodón sobre las rodillas de Ibrahim; extrañado, éste levantó los ojos hacia un joven, que le dirigió una cautelosa señal de connivencia. Abrió el envoltorio y dentro encontró un pequeño trozo de papel con este mensaje:

“De Shîha Yamâl El-Dîn. No se os ocurra tocar esa comida; está envenenada”.

Ibrahim, después de leerlo, se lo metió en el bolsillo.

Esta historia del banquete envenenado era, como es de suponer, una nueva trampa de Yauán. Cuando la tercera emboscada tendida a los musulmanes, cerca del convento de Shinyâr, hubo fracasado, por culpa de \*Arnús; Dukás “valientemente” se dio a la fuga, y regresó adonde Yauán.

– ¡Se acabó, *abbone!* –manifestó Dukás enojado y con la moral por los suelos– Ya he tenido bastante; abandono la partida.

– ¡Cómo, *figlione*, quieres volver con las manos vacías! –se indignó Yauán. Solo Mangoberto puede sacarnos de este apuro, pues Arnûs acabará yendo a su casa<sup>1</sup>.

Yauán se ocupó de reagrupar las tropas, y cuando hubo reunido treinta mil hombres, partió hacia El-Aflâq<sup>2</sup>, en compañía de Dukás. Al saber de su llegada, Mangoberto fue a recibirles y, mientras los soldados montaban sus tiendas fuera de las murallas de la ciudad,

<sup>1</sup> Esta réplica parece un poco incomprensible; es posible que haya que leer “Ibrahim”, en lugar de “Arnûs”.

<sup>2</sup> Es el nombre de la capital de Mangoberto; “al-Aflâq” podría ser que designara a los Valacos, lo que sería consecuente con el itinerario seguido por Ibrahim y sus compañeros. No obstante, la geografía del “Baïbars” es bastante imprecisa -excepto en lo que concierne a Egipto y a Siria- como para permitirnos asegurarlos.

escoltó a Yauán y a Bartacûsh hasta su palacio. Después de intercambiar los saludos de rigor, el maldito fraile entró de lleno en el asunto:

– *Babb*, ¿no te gustaría hacer una buena acción, que te valiera una gran recompensa?

– ¿Qué esperas de mí, *abbone*?

Yauán comenzó a exponerle la situación.

– Lo que queríamos –dijo para concluir–, es que los despacharas al otro mundo, y le echaras el guante a su tesoro.

– ¡Pongo mi vida a tu disposición, *abbone*, y mis bienes, mi ejército y mi reino a la de Dukás! –respondió el muy canalla.

– ¿Cuántos hombres tienes a tus órdenes? –prosiguió Yauán.

– Cuarenta mil.

– ¡Perfecto! Yo te traeré treinta mil, lo que hace un total de sesenta mil... y luego, te indicaré un plan gracias al que podrás deshacerte de un golpe del hijo del Korani y de su banda.

Entonces fue cuando sugirió envenenarlos. La primera parte del plan fue de maravilla: Mangoberto envió comida envenenada a los mamelucos y a los *fidauis* encargados de vigilar el tesoro, y nada más probar el primer bocado, perecieron todos: desde el primero hasta el último. Ya solo le quedaba eliminar a Ibrahim y a sus compañeros; pero la providencia divina, que les reservaba otro destino, quiso que Shîha llegara justo en ese momento: descubrió inmediatamente todo el complot y tuvo tiempo de avisar discretamente a Ibrahim. Éste, echó una ojeada a su alrededor, y se dio cuenta de que todos los hombres de Mangoberto estaban fuera de las mesas; incluso el mismo *babb* permanecía de pie, detrás de él, con un aguamanil en la mano<sup>1</sup>.

– Vamos, *babb*, ven a sentarte con nosotros –le invitó Ibrahim–. Uno no disfruta de la comida si no se comparte.

– Es que nosotros estamos en plena cuaresma –se disculpó Mangoberto.

– Pues en ese caso, ven a tomar unos pastelillos.

– No, no, que me producen bilis.

– Entonces, algún encurtido de vinagre.

– No, no; eso me hace moquear.

– ¡Maldito cabronazo! –estalló Ibrahim– ¡Quieres envenenarnos, sí!

– Ya puedes gritar tanto como te venga en gana, hijo del Korani –le remachó el inmundo personaje–. Tu tesoro está en mis manos y tus hombres ya están todos muertos, y vosotros: tanto si coméis, como si no, tened por seguro que no saldréis vivos de aquí.

---

<sup>1</sup> Esta costumbre aún no ha desaparecido en Oriente Medio, en los medios tradicionales; en las grandes ocasiones, el dueño de la casa se abstiene de tocar la comida, para velar por el confort de sus invitados.

– Antes te reventaré –rugió el León del Horân.

Ibrahim, amparándose de una enorme bandeja de cobre, llena de arroz, la levantó como si fuera una pluma, y se la arrojó a la cabeza de Mangoberto; éste, esquivó por bien poco el proyectil, que fue a dar sobre la puerta de la sala, destrozándola en mil pedazos. Como un león furioso, Ibrahim saltó hacia la salida, *shâkriyyeh* en mano, seguido de sus dos compañeros y de los cuarenta mamelucos.

– ¡Cúbreme las espaldas! –gritó a su primo, al ver el patio abarrotado de soldados. Luego, lanzando su terrible grito de guerra, se arrojó contra los francos, seguido de sus compañeros.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”:

X.16 – El calvario de los héroes